

Alimento Espiritual

**LOS BOCADOS
DE LA
MESA DEL REY**

Tomo I

Ediciones Tesoros Cristianos

**Los presentes escritos
tienen la finalidad de proveer
alimento espiritual a toda
alma que anhela una relación más
profunda con Jesucristo.**

INDICE

1. Los privilegios del hijo.....4

Andrew Murray

2. Amistad con Dios.....12

T. Austin Sparks

3. El poder protector de Dios.....18

Watchman Nee

LOS PRIVILEGIOS DEL HIJO

“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas” (Lc 15:31)

Las palabras de este texto son familiares a todos nosotros. El hijo mayor se había quejado y había dicho que aunque su padre hizo un banquete e hizo matar el becerro gordo para el hijo pródigo, a él nunca le había dado ni un cabrito para disfrutar con sus amigos. La respuesta del padre fue: *«Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas»*. Uno no puede tener una revelación más maravillosa del corazón de nuestro Padre celestial que lo que nos ilustra esto. A menudo hablamos de la maravillosa revelación del corazón del padre en su bienvenida al hijo pródigo, y en lo que hizo para él. Pero aquí tenemos una revelación mucho más maravillosa del amor del padre en lo que él dice al hijo mayor. Si vamos a experimentar una profundización de la vida espiritual, queremos, por un lado, descubrir claramente cuál es la vida espiritual que Dios quiere que vivamos; y por otro, preguntarnos si estamos viviendo esa vida; y si no, qué nos impide vivirla plenamente.

Este tema se divide naturalmente en tres partes: 1. El alto privilegio de cada hijo de Dios. 2. La baja experiencia de muchos creyentes. 3. La causa de la discrepancia; y el camino a la restauración del privilegio.

1. El alto privilegio de los hijos de Dios.

Tenemos aquí dos cosas que describen el privilegio: Primero, *«Hijo, tú siempre estás conmigo»* – la comunión constante con su Padre es su porción; y segundo, *«Todas mis cosas son tuyas»* – todo lo que Dios puede conceder a Sus hijos es de ellos. *«Tú siempre estás conmigo»*;

“Yo estoy siempre cerca de ti; tú puedes morar cada hora de tu vida en Mi presencia, y todo lo que tengo es para ti.

Soy un padre, con el corazón de un padre amoroso. No quitaré ninguna buena cosa de ti.” En estas promesas tenemos el rico privilegio de la herencia de Dios. En primer lugar, tenemos una continua comunión con Él. Un padre nunca envía a su hijo lejos sin recordarle que lo ama. El padre anhela que su hijo sepa que tiene la luz de su rostro sobre él todo el día; que, si él despide al hijo a la escuela, o a los lugares que la necesidad obliga, ello es con un sentido de sacrificio de los sentimientos paternos. Si esto es así con un padre terrenal, ¿cuánto más Dios? ¿Acaso él no quiere que cada hijo Suyo sepa que constantemente vive en la luz de Su rostro? En esto está el significado de aquella palabra: *«Hijo, tú siempre estás conmigo»*.

Este era el privilegio del pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento. Como la Palabra nos dice, *«Enoc caminó con Dios»*. La promesa de Dios a Jacob era: *“He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”*. Y la promesa de Dios a Israel por medio de Moisés fue: *«Mi presencia irá contigo, y te daré descanso”*. Y en la respuesta de Moisés a la promesa, él dice: *«¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?”*. La presencia de Dios con Israel era la señal de su separación de otros pueblos. Esta es la verdad enseñada en todo el Antiguo Testamento; y si es así, ¿cuánto más podemos buscarlo en el Nuevo Testamento? Así, encontramos a nuestro Salvador que promete a los que le aman y a quienes guardan Su palabra, que el Padre también los amará, y que el Padre y el Hijo vendrán y harán morada con ellos.

Deje este pensamiento entrar en su corazón, que el hijo de Dios está llamado a este bendito privilegio: vivir cada momento de su vida en comunión con Dios. Él está llamado a disfrutar de la luz plena de Su rostro. Hay muchos cristianos –supongo que la mayoría– que parecen considerar toda la obra del Espíritu como limitada a la convicción y a la conversión – no tanto a que Él haya venido para morar en nuestros corazones, y allí revelarnos a Dios. Él no vino a morar cerca de nosotros, sino en nosotros, para que nosotros estemos llenos interiormente. La Palabra nos manda ser «llenos del Espíritu», entonces el Espíritu Santo nos hará manifiesta la presencia de Dios. Esta es la

enseñanza de toda la epístola a los Hebreos: el velo está rasgado en dos, y tenemos acceso al Lugar Santísimo por medio de la sangre de Jesús.

Entramos en la presencia misma de Dios para que podamos vivir todo el día con esa presencia descansando sobre nosotros. Aquella presencia está con nosotros dondequiera que vamos; y en todas las clases de problemas tenemos el reposo tranquilo y la paz. *«Hijo, tú siempre estás conmigo».*

Hay alguna gente que parece pensar que Dios, por alguna soberanía ininteligible, aparta Su rostro. Pero yo sé que Dios ama demasiado a su pueblo como para retirar Su comunión de ellos por cualquier razón. La verdadera razón de la ausencia de Dios de nosotros debe buscarse en nuestro pecado e incredulidad, y no en una supuesta soberanía suya. Si el hijo de Dios anda en la fe y la obediencia, la presencia Divina será disfrutada en una comunión ininterrumpida.

Entonces está el siguiente bendito privilegio: *«Todas mis cosas son tuyas».* Gracias a Dios, Él nos ha dado a Su propio Hijo; y en su dádiva, Él nos ha dado todas las cosas que están en Él. Él nos ha dado la vida de Cristo, Su amor, Su Espíritu, Su gloria. *«Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.»* Todas las riquezas de Su Hijo, el Rey eterno, el Padre las concede a cada uno de Sus hijos. *«Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas».* ¿No es eso el significado de todas esas maravillosas promesas dadas en conexión con la oración: *“Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará”?* Sí, ese es. Esta es la vida de los hijos de Dios, tal como Él mismo nos la ha presentado a nosotros.

2. La baja experiencia de muchos de nosotros

En contraste con este alto privilegio de los creyentes, observa la baja experiencia de muchos de nosotros.

El hijo mayor vivía con su padre y le había servido esos “tantos años”; pero él se queja de que su padre nunca le dio un cabrito, mientras le dio el becerro gordo a su hermano pródigo. ¿Por qué fue así? Simplemente porque él no lo pidió. Él no creyó que lo obtendría, y por lo tanto, nunca lo pidió, y nunca disfrutó de ello. Él siguió viviendo así en murmuración e insatisfacción permanente; y la nota clave de toda esta vida desgraciada se resume en lo que él dijo. Su padre le dio todo,

pero nunca disfrutó de ello; y él echa la culpa entera sobre su amoroso y bondadoso padre.

Oh, amados, ¿no es ésta la vida de muchos creyentes? ¿No hablan y actúan muchos de este modo? Cada creyente tiene la promesa de comunión ininterrumpida con Dios, pero dice: «No he disfrutado de ello; me he esforzado y he hecho todo lo posible; he orado por la bendición, pero supongo que Dios no me considera apto para concedérmela.» Pero ¿por qué no? Uno dice, es la soberanía de Dios que retiene la bendición. El padre no retuvo, en su soberanía, sus dones al hermano mayor; ni tampoco nuestro Padre celestial retiene ninguna cosa buena para aquellos que le aman. Él no hace tales diferencias entre Sus hijos. «*Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia*» era la promesa hecha a todos igualmente en la iglesia en Corinto.

Algunos piensan que estas ricas bendiciones no son para ellos, sino para aquellos que tienen más tiempo para dedicar a la religión y la oración; o piensan que sus circunstancias son tan difíciles, tan especiales, que no podemos ni tener idea de sus muchos obstáculos. ¿Pero usted piensa que si Dios los ha puesto en esas circunstancias no puede hacer abundar Su gracia en proporción a ellas? Ellos admiten que Él podría hacerlo, si obrara un milagro, pero ellos apenas pueden esperar ese milagro. De algún modo, ellos, como el hijo mayor, le echan la culpa a Dios.

¡Así dicen muchos, cuando les he preguntado si disfrutaban de la comunión permanente con Dios: «¡Ay, no! No he sido capaz de alcanzar tal altura; esto es demasiado para mí. Conozco de algunos que lo tienen, y leí sobre ello; pero Dios, por alguna razón, no me lo ha dado.» Pero ¿por qué no? Usted piensa, quizás, que no tiene la misma capacidad para la bendición espiritual que otros tienen. La Biblia habla de un gozo que es «inefable y glorioso» como fruto del creer; de un «amor de Dios (que) ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado». ¿Lo deseamos, verdad? ¿Por qué no conseguirlo? ¿Lo hemos pedido? Pensamos que no somos dignos de tal bendición – no somos bastante buenos, y por lo tanto, Dios no nos lo ha dado. ¡Hay entre nosotros muchos más de lo que pensamos –o de los que están dispuestos a admitir– que echan sobre Dios la culpa de su ceguera y alejamiento! ¡Tenga cuidado! ¡Tenga cuidado! ¡Tenga cuidado! ¿Y qué de esa otra promesa? El Padre dice: “*Todo lo que tengo es tuyo*”. ¿Usted se está regocijando en las riquezas de Cristo? ¿Us-

ted está consciente de tener un suministro abundante para todas sus necesidades espirituales de cada día? Dios tiene todas las riquezas en abundancia para usted. “¡Usted nunca me dio un cabrito!”. La respuesta es: «Todo lo que tengo es tuyo. Te lo di en Cristo.”

Querido lector, tenemos pensamientos muy incorrectos acerca de Dios. ¿Cómo es Dios? No conozco ninguna imagen más hermosa e instructiva que la imagen del sol. El sol nunca está cansado de brillar, de derramar sus rayos benéficos sobre los justos y los impíos. Usted podría cerrar las ventanas con persianas o ladrillos, y el sol brillaría sobre ellos igual; aunque nosotros pudiéramos sentarnos en la oscuridad –en la oscuridad completa– el brillo sería exactamente el mismo. El sol de Dios brilla sobre cada hoja; sobre cada flor; sobre cada brizna de hierba; sobre todo lo que brota de la tierra. Todos reciben la riqueza de la luz del sol hasta que ellos lleguen a la perfección y den fruto. ¿El que hizo el sol estará menos dispuesto a derramar Su amor y vida en mí? ¡El sol, cuánta belleza él crea! Y mi Dios, ¿no se deleitará en producir belleza y fructificación también en mí, tal como Él ha prometido hacer? Y aún unos dicen, cuando se les pregunta acerca de por qué ellos no viven en comunión permanente con Dios: «Dios no me lo da, no sé por qué; esta es la única razón que yo puedo darle. Él no me lo ha dado.” ¿Usted recuerda la parábola de aquél que dijo, *«Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste», que pides y exiges lo que no has dado?* ¡Oh! Déjenos examinar y preguntar por qué será que el creyente vive una experiencia tan baja.

3. La causa de la discrepancia entre los regalos de Dios y nuestra baja experiencia

El creyente se queja de que Dios nunca le ha dado un cabrito. O bien, si Dios le ha dado alguna bendición, nunca le ha dado una bendición plena. Dios nunca lo ha llenado de Su Espíritu. «Yo nunca –dice– he tenido mi corazón como una fuente, manando los ríos de agua viva prometidos en Juan 7:38”. ¿Cuál es la causa? El hijo mayor pensó que él había servido fielmente esos «tantos años « en la casa de su padre, pero estaba en un espíritu de esclavitud y no en el espíritu de un hijo, entonces su incredulidad lo cegó a la realidad del amor y la bondad del padre, y todo ese tiempo él fue incapaz para ver que su padre estaba dispuesto, no sólo para darle un cabrito, sino cien, o mil cabritos, si él los hubiera pedido.

Él simplemente estuvo viviendo en incredulidad, en ignorancia, en ceguera, privándose de privilegios que el padre tenía para él. Si hay una discrepancia entre nuestra vida y el cumplimiento y disfrute de todas las promesas de Dios, es por alguna falla nuestra.

Si nuestra experiencia no es lo que Dios quiere que sea, ello es debido a nuestra incredulidad en el amor de Dios, en el poder de Dios, y en la realidad de las promesas de Dios. La palabra de Dios nos enseña, en la historia de los israelitas, que la incredulidad de ellos era la causa de sus problemas, y no alguna limitación o restricción de parte de Dios. Como el Salmo 78 dice: *“Hendió las peñas en el desierto, y les dio a beber como de grandes abismos, pues sacó de la peña corrientes, e hizo descender aguas como ríos.”* Aún ellos pecaron dudando de su poder de proporcionarles carne. *“Hablaron contra Dios, diciendo: ¿Podrá poner mesa en el desierto?”*. Más adelante leemos, en el versículo 41: *«Y volvían, y tentaban a Dios, y provocaban al Santo de Israel”*. Ellos siguieron desconfiando de Él de vez en cuando.

Cuando llegaron a Cades-Barnea y Dios les dijo que entraran en la tierra que fluye leche y miel donde hallarían descanso, abundancia y victoria, sólo dos hombres dijeron: «Sí; podemos tomar posesión, porque Dios puede darnos la victoria.» Sin embargo, los diez espías, y los seiscientos mil hombres contestaron: «No; nunca podremos tomar la tierra; los enemigos son demasiado fuertes para nosotros.» Fue simplemente la incredulidad lo que les impidió entrar en la tierra prometida.

Si ha de haber alguna profundización en nuestra vida espiritual, debemos descubrir y reconocer la incredulidad que hay en nuestros corazones. Dios nos concede que obtengamos socorro y que lleguemos a ver que es nuestra incredulidad la que ha impedido a Dios hacer su obra en nosotros. La incredulidad es la madre de la desobediencia, y de todos mis pecados y fracasos – mi ira, mi orgullo, mi falta de amor, mi mundanalidad, mis pecados de toda clase. Aunque éstos se diferencien en la naturaleza y la forma, aún así todos ellos vienen de una misma raíz, que es no creer en la libertad y la plenitud del don Divino del Espíritu Santo para morar en nosotros, fortalecernos y llenarnos de la vida y la gracia de Dios todo el día.

Observa, te ruego, al hijo mayor, y pregunta cuál fue la causa de aquella diferencia terrible entre el corazón del padre y la experiencia del hijo. No puede haber ninguna otra respuesta, excepto que fue la

incredulidad pecaminosa lo que cegó completamente al hijo a la realidad del amor de su padre.

Querido creyente, quiero decirle que si usted no está viviendo en el gozo de la salvación de Dios, la única causa es su incredulidad. Usted no cree en el poder de Dios todopoderoso, y no cree que Él esté dispuesto, por Su Espíritu Santo, para producir un cambio completo en su vida y capacitarle para vivir en plena consagración a Él. Dios está dispuesto a que usted viva así; pero usted no lo cree. ¡Si los hombres realmente creyeran en el amor infinito de Dios, qué cambio ello produciría! ¿Qué es el amor? Es el deseo de entregarse por el bien del objeto amado – lo contrario del egoísmo, como leemos en 1ª Cor.13: «*El amor no busca lo suyo.*» La madre está dispuesta a sacrificarse por el bien de su hijo. Así también Dios, en Su amor, está siempre dispuesto a impartir bendición; y Él es omnipotente en Su amor. Esto es verdadero, mis amigos: Dios es omnipotente en amor, y Él está haciendo todo lo posible por llenar cada corazón.

«Pero si Dios está realmente dispuesto, y si Él es Todopoderoso, ¿por qué Él no lo hace ahora?» Usted debe recordar que Dios le ha dado una voluntad, y por el ejercicio de ella usted puede obstaculizar a Dios, y permanecer conforme, como el hijo mayor, con una vida baja de incredulidad.

Veamos ahora la causa de la diferencia entre la alta y abundante provisión de Dios para Sus hijos, y la experiencia baja y triste de muchos de nosotros en la incredulidad que desconfía y entristece.

El camino de la restauración, ¿cómo se realiza?

Todos conocemos la parábola del hijo pródigo, y sabemos que muchos sermones han sido predicados sobre el arrepentimiento en aquella parábola. Nos dicen que «volviendo en sí, dijo: Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti». En la predicación, hablamos de esto como el primer paso de una vida cambiada – conversión, arrepentimiento, confesión, y retorno a Dios. Pero, así como éste es el primer paso para el hijo pródigo, debemos recordar que éste es también el paso a seguir por Sus otros hijos que yerran – por aquellos noventa y nueve «que no necesitan arrepentimiento», o que, por lo menos, así lo piensan. Aquellos cristianos que no entienden cuán mala es su baja vida religiosa deben ser enseñados que esto es pecado – incredulidad, y que es necesario que ellos sean traídos al arrepentimiento tal como el hijo pródigo.

Ustedes han oído mucho acerca del arrepentimiento que se predica al inconverso; pero quiero ahora intentar predicarlo a los hijos de Dios.

Tenemos un cuadro de muchos hijos de Dios en ese hijo mayor. Lo que el padre le dijo para representarle su amor, un amor no inferior al que sentía por el pródigo, es lo mismo que nos dice a nosotros, que nos conformamos con una vida tan baja: «Tú debes arrepentirte y creer que yo te amo, y que todo lo que tengo es tuyo». Él dice: «Por tu incredulidad tú me has deshonrado, viviendo por diez, veinte, o treinta años, sin creer lo que es vivir en la bienaventuranza de mi amor. Tú debes confesar que me has ofendido en esto, y debes llegar a ser verdaderamente quebrantado, en una contrición de corazón tal como mi hijo pródigo.»

Hay muchos hijos de Dios que necesitan confesar que, aunque ellos son Sus hijos, nunca han creído que las promesas de Dios son verdaderas o que Él esté dispuesto a llenar sus corazones todo el día con Su presencia bendita. ¿Usted ha creído esto? Si no es así, toda nuestra enseñanza no tendrá ningún provecho para usted. ¿No dirá: “Con el socorro de Dios, comenzaré ahora una nueva vida de fe, y no descansaré hasta saber lo que significa una vida así. Creeré que estoy en la presencia del Padre en cada momento, y que todo lo que Él tiene es mío?”

Que el Señor nuestro Dios produzca esta convicción en los corazones de todos los creyentes fríos. ¿Alguna vez usted ha escuchado la expresión: “una convicción para la santificación”? Usted sabe, el hombre inconverso necesita una convicción antes de su conversión. Así también el cristiano que tiene su entendimiento cegado necesita convicción antes y para la santificación, antes de que él venga a una percepción real de la bienaventuranza espiritual. Él debe ser convencido, por segunda vez, de su vida pecaminosa de dudas, de su carácter iracundo, y de su falta de amor. Él debe ser quebrantado bajo esa convicción; sólo entonces hay esperanza para él. ¡Que el Padre de misericordia conceda tal contrición profunda, para que ellos puedan ser conducidos a la bienaventuranza de Su presencia, y disfrutar de la plenitud de Su poder y amor!

Andrew Murray

AMISTAD CON DIOS

Lecturas: Éxodo 33:11, 2 Cr. 20:7, Isaías 41:8,

Hebreos 11:17-19, Stgo. 2:23.

Hay muchas cosas asombrosas en la Biblia. Pocas, sin embargo, lo son más que esto: que Dios deseara un amigo. Podríamos pensar que Dios es capaz de cumplir plenamente todos sus propósitos sin necesidad de recurrir al hombre. Lo digo porque es sorprendente pensar que Dios, en toda su omnisciencia, su plenitud, su poder creativo, quisiera tener un amigo. Pero aquí está: *“Abraham mi amigo ... el amigo de Dios”*.

Algo único en la mente de Dios

Esto, queridos amigos, es algo único en la mente de Dios detrás de sus insondables caminos. Probablemente en toda la Biblia no hubo nadie que tuviera mayor razón que Abraham para pensar que los caminos de Dios eran muy especiales. ¡Cuán extraños le parecían! Y muy pocas veces ellos fueron fáciles. Casi cada paso, si no cada paso, le dejaba perplejo. Pero Dios fue guiado en todos sus tratos con Abraham por ésta única idea y consideración: tener un amigo, y traer a un hombre a tal asociación con él que fuera capaz de hablar de Dios como «mi amigo». Ustedes saben, naturalmente, que este título y esta asociación están relacionados particular y especialmente con Abraham. Hay algunas expresiones maravillosas dichas acerca de otros hombres –Moisés, Daniel, “varón muy amado”–, pero “mi amigo” es el título exclusivo de Abraham. Para entender esto, hemos de

examinar nuevamente el camino por el cual Abraham fue guiado y como él llegó finalmente al corazón de Dios.

Mientras la vida entera de Abraham es necesaria para la completa realización de este sublime compañerismo, es indudable que su consumación está ligada al incidente que todos conocemos: el llamado a ofrecer a su hijo Isaac. ¡Piense cuán preocupado estaba Abraham! ¿Lo llamó Dios para dejarlo todo, salir de Ur de los caldeos, sin más que una promesa de llevarle a otra tierra? Si conociéramos todo, veríamos que no fue un paso pequeño, porque hay razones para creer que Abraham era un hombre próspero e importante en Ur. ¿Le guió Dios a salir? ¿Le prometió un hijo, y luego desapareció y lo abandonó sin cumplir su promesa? ¿Le ató Dios más encima su vida completa con aquella promesa y con aquel hijo?

La misma justificación de su salida de aquel antiguo país, abandonándolo todo, estuvo enfocada y centrada en ese hijo. La vida entera de Abraham, la justificación total de su vida, y todo en su vida, estuvo centrado en él. Todos los mandatos y toda la guía de Dios a Abraham se remitían a Isaac. ¿Así Dios llamó, así guió, así prometió? ¿Constituyó a Isaac el vaso exclusivo de su propósito divino y la explicación y el significado de todas sus promesas a Abraham, para que Abraham no tuviese alternativa fuera de Isaac? Abraham intentó una alternativa y comprobó que Dios no estaba en ella. Intentó a través de Ismael, pero comprobó que no era el camino correcto. No había alternativa para su vida con respecto a Dios, su conocimiento de Dios, su historia con Dios, sino Isaac. Si Isaac no hubiera existido, su fe habría sido en vano, pues él no tenía nada más. Dios le habría fallado, y su vida habría sido un fracaso.

Naturalmente, si Isaac no hubiese existido, o si él hubiese muerto, habría habido enormes implicaciones. La implicación obvia es que Abraham había sido engañado, defraudado, y había seguido una línea falsa; que Dios se había burlado de él y le había tendido una trampa. Él había seguido a Dios confiando de todo su corazón en que esa era la voluntad divina para él, y se había comprometido sin reservas con lo que él creyó era el camino de Dios para su vida. Y todo ello centrado en Isaac. Entonces oyó: *"Toma tu hijo, tu único, Isaac, a quien tú amas ... Y ofrécelo"* (Génesis 22:2). Queridos amigos, no podemos imaginarnos lo serio de la crisis a la que se enfrentó Abraham. ¡Fue algo terrible para él! Esto podría haber suscitado la pregunta acerca de

qué tipo de Dios era su Dios, o quién era este Dios a quien él había dado su vida; y muchas otras preguntas e implicaciones. Toda su dirección, su consagración, sus largos años de esperar y deambular, su obediencia fiel; y ahora, de golpe, ver como si todo se hubiera roto. Haber sobrevivido a esto, y más aún, de manera victoriosa, explica lo que significa la amistad para Dios. Sí, ese es el significado, pero ¿cómo es eso?

Bien, si esta es la explicación divina de amistad, y si nosotros somos llamados a ser participantes de la naturaleza divina, y Dios está obrando con nosotros para alcanzar tal relación, esto será a través de la misma vía. Si usted y yo queremos acercarnos a esta relación, a esta suprema relación con Dios, y nuestros corazones responden a esta sugerencia y proposición para que Dios pueda ser capaz de hablar de nosotros como ‘sus amigos’ –y a la luz de esto, sin duda cada uno dirá: Sí. No hay nada que desee más que Dios hablase de mí como ‘mi amigo’–, entonces veamos lo que ello significa.

Lo que significa ser amigo de Dios

En primer lugar, significa *un compromiso absoluto de por vida y con la vida a Dios, sin reservas y sin alternativas*. Abraham no tenía alternativa. Esta relación, este caminar con Dios, era el todo o nada, por lo cual había sido sellado con pacto de sangre. Usted recordará la ocasión en que fue hecho aquel pacto. El sacrificio había sido partido en dos. La mitad fue puesta a un lado y la otra mitad al otro. Una parte era de Dios, la otra de Abraham. La sangre fue esparcida, y ellos juntos, en una verdadera figura, las manos unidas, se movieron entre las dos mitades. En la sangre de aquel sacrificio, cada uno se comprometió a sí mismo y con el otro en términos de sangre, o vida, para siempre. Dios “*se acordó de su pacto*” (Salmo 105:8). El pacto de Abraham con Dios fue de por vida. En el monte Moriah, Dios tomó la verdadera vida-sangre de Abraham, pero Abraham estaba en pie. Estaba en pie sobre la base real de su relación con Dios. Era un compromiso para siempre con su vida a Dios, y la consecuencia de esto fue: “*Abraham, mi amigo*”.

Estas son cosas difíciles de decir, y más allá de nuestra realidad presente, lo sé. Ninguno de nosotros reclamaría haber alcanzado este punto. Sin embargo, Dios está obrando en tal dirección.

La amistad, además, significa esto: *confianza en el otro*, cuando ni él explica su camino, ni nosotros podemos entender lo que está haciendo. Desde luego, esto es la amistad en los mejores términos humanos. Si hay una amistad verdadera, un amigo no siempre te explica por qué toma una cierta determinación, pero tú has llegado a confiar tanto en él que no exiges explicación.

Estás listo para creer, sin una explicación, lo que sabes que está haciendo, y tienes una plena confianza. Esto es la amistad, aun cuando el otro calle y no diga nada.

Hay una breve reflexión sobre esto en la vida de Hudson Taylor. Después de haber estado largo tiempo en China, lejos de su país y de su esposa, él vino a casa y su esposa lo fue a recibir al barco. Tomaron un transporte juntos, y, desde luego, usted pensaría que inmediatamente ambos entablarían una amplia conversación acerca de todo lo sucedido durante los años que estuvieron separados. ¡Pero ellos hicieron aquel viaje en absoluto silencio– y ninguno se ofendió! No hubo palabra entre ellos, pero esta era la profunda comprensión del verdadero compañerismo. ¡Oh, algo así pasa con el Señor! Él está silencioso, y su silencio es la mayor prueba para nosotros. ¿Por qué él no habla? ¿Por qué no actúa? ¿Por qué no hace algo? Él está silencioso e inactivo, y parece ser indiferente. Ah, el creerle entonces es la sustancia de la amistad, un componente de la verdadera amistad.

“*Creó Abraham a Dios...*” Usted ve que eso está unido con esto otro: el ofrecimiento de Isaac. Tener confianza en un amigo cuando él parece ser misterioso, extraño, inexplicable, incomprensible, reservado, silencioso, es un componente indudable de la verdadera amistad. Pero Abraham miró más allá del presente y de lo inmediato, y dijo en su corazón: “Esto no es todo. Esta no es la historia completa. Esto no es el final, porque no es el final de Dios. ¡Aun si esto es muerte!” –¡Oh, el maravilloso triunfo de la fe!– “Aunque tengo que matar al hijo en quien todo está centrado; sin embargo, Dios es Dios, y Él puede levantar a los muertos. Aun si Isaac muere, Dios puede levantarlo. Miro más allá de la muerte, más allá de la situación presente que parece estar desprovista de toda esperanza, y veo a Dios extendiéndose más lejos. Creo a Dios. No entiendo, y no soy capaz de explicarlo, pero creo a Dios”.

Fue una gran prueba, y creo que esto está más allá de nuestra comprensión, pero tal es la base de la relación esencial con Dios. ¡Ciertamente este es el oro de la nueva Jerusalén!

¿Y en cuanto a Isaac? Él era la nueva esperanza, el eslabón en la cadena de todos los hechos de la administración de Dios, y la encarnación de esta amistad. Jóvenes hermanos y hermanas, ustedes son el siguiente eslabón en la cadena de los dones de Dios y del testimonio de Dios sobre esta tierra.

Pongan sus pies sobre el fundamento del eslabón anterior. Tomen el testimonio de Abraham y tomen esta posición: “Me someto sin reservas a mi Dios, de por vida y con mi vida; no como algo en mí mismo, no comenzando ni terminando conmigo, sino como un eslabón en esta poderosa cadena de los siglos.” Si ustedes hacen esto, serán la nueva esperanza para la siguiente etapa.

Desde luego, tras la figura de Abraham vemos a Dios el Padre y al Señor Jesucristo, y sabemos muy bien que cualquier esperanza nuestra hoy es real porque Dios levantó a Su Hijo de entre los muertos. Pero esa no es sólo una verdad concerniente a Cristo. Es una ley en los designios de Dios a través de toda la historia, que, si algo es bautizado en la muerte, en aquel bautismo continúa la prueba de la relación de corazón con Dios. Y ese es el punto. Cuando Jesús fue bautizado en la muerte sobre la Cruz, fue la prueba definitiva de su relación de corazón con su Padre. ¡Su corazón se rompió allí; pero, ¡oh!, estamos tan gozosos de que su última expresión fuera: “*Padre, en tus manos...*” (Luc.23:46). ¡Esta es la victoria! ¡Lo es de principio a fin! Antes, él había clamado: “¡Dios mío, Dios mío!”, pero ahora dice: “Padre...” Fue una prueba, la última, la prueba definitiva de su relación de corazón con su Padre. Y –nótelo–, cada bautismo en la muerte es eso.

Estamos siendo examinados, amigos queridos –por profundas y terribles pruebas en la cruz del bautismo en la muerte–, acerca de dónde están nuestros corazones; si ocupados en las cosas, o en Dios; si nuestra vida está ligada a alguna *cosa*, o si lo está a Dios. Vemos que este era el punto con Isaac. Después de todo, se ha confirmado que Abraham fue ligado con mucho más que con Isaac, ya que había sido ligado con Dios. “¡Bien! –dijo Abraham– Todo pareció haber estado centrado en Isaac, pero si Isaac se va, todavía tengo a Dios”.

¿Con que está ligada nuestra vida? ¿Con cosas? ¿Con la vida del trabajo? ¿Con qué? Seremos probados en cuanto a si es el Señor quien rige nuestro corazón. Si es así, no vamos a luchar por nuestros pro-

pios medios, nuestras propias metas, nuestros propios intereses o nuestras propias ideas, incluso en la obra de Dios. Es el Señor quien tiene que tomar la preeminencia por sobre todas las cosas, y sobre nosotros. Tal es la posición que Isaac personificó con Abraham.

¡Oh, queridos amigos, procuren que así sea su corazón para su Señor! Si lo es, ustedes tienen las bases de este glorioso final: “¡Mi amigo, mi amigo!”. ¿Vale la pena? Ciertamente sí, y que Él pueda decir al final: “¡Entra, mi amigo!”

T. Austin Sparks

EL PODER PROTECTOR DE DIOS

Lectura bíblica: Nm 13: 25-33; 14: 4-10; Jos 14: 6-12

Es un triste hecho que algunos cristianos pueden creer en el poder salvador de Dios, pero no en su poder protector. No comprenden, que Aquel que es el dador de la gracia, también nos guarda en su gracia. Veamos en las escrituras, como nosotros, que fuimos salvos por Dios, podemos ser guardados por Él.

En Josué 14:11, Caleb dice: *"Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, para salir y para entrar"*. "Para salir y para entrar" se refiere a la vida cotidiana; "para la guerra" se refiere a la vida bajo circunstancias especiales. Como era la fuerza de Caleb el día que Moisés lo envió a espiar la tierra de la promesa; así era el día que dijo estas palabras. Él era capaz de luchar contra las exigencias de la vida diaria y también contra las exigencias de la vida bajo condiciones de especial tensión. Aunque ya hubieran pasado cuarenta años, él estaba tan fuerte como en su juventud. Aquí vemos el poder protector de Dios. Así como Caleb estaba en la flor de la edad, ahora lo estaba en su vejez. Él no estaba menos vigoroso a los ochenta y cinco años que a los cuarenta. Hay solamente una explicación para esto: Él fue guardado por Dios. Somos totalmente incapaces de guardarnos en la gracia de Dios. No hay ninguna garantía de que, cinco años después de haber sido salvos, nos encuentren con la misma medida de fe que poseíamos en el inicio de nuestra vida cristiana. No podemos, por nuestros propios esfuerzos, permanecer en la gracia de Dios. Solo él puede salvarnos en su gracia. ¿Cómo Caleb podía experimentar el poder protector

de Dios? Josué 14: 14 responde a esta pregunta: *"Por cuanto había seguido cumplidamente a Jehová Dios de Israel"*.

¿De qué modo persevero Caleb en seguir al Señor? Números 13 y 14 nos muestra como. Después que los diez espías habían traído un pésimo relato de la tierra prometida, *"entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos por posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos"*. "Más podremos nosotros que ellos" es la declaración de una persona que persevera en seguir al Señor, El creyó que la victoria sobre todos los enemigos estaba garantizada, porque las promesas del Señor eran dignas de confianza y porque el Señor estaba con su pueblo. Hermanos y hermanas, ¿ustedes creen? Muchas personas creen, pero su fe es una fe vacilante. Ellas cantan sus canciones de alabanza, sin embargo, aunque las palabras estén correctas, hay algo equivocado en la tonalidad. En el caso de Caleb fue diferente. El canto las palabras correctas en la tonalidad correcta. Oigan sus notas claras: *"Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos"*. "Subamos" Una persona que persevera en seguir al Señor y lo considera digno de confianza es alguien que hace la voluntad de Dios, y la hace inmediatamente.

¿Y en relación con los diez espías? Ellos miraron a los habitantes de la tierra y vieron que eran "hombres de grande estatura" y sus ciudades "muy grandes y fortificadas ". Se miraron a sí mismos y a sus propios ojos eran "como langostas". Sus ojos estaban puestos en las dificultades que desafiaban su avance. He aquí la razón por la cual tantos cristianos fallan en experimentar el poder protector de Dios: Las dificultades tapan la visión. Dios no quiere que pongamos nuestros ojos en los montes que obstruyen nuestro camino; El quiere, que digamos a los montes: *"Pásate de aquí allá..."* (Mt 17:20). Muchas personas están pensando continuamente en sus fracasos y, por ser así, abren camino a fracasos adicionales. La derrota es segura si estamos constantemente contemplando la derrota. Si continuamente pensamos que no hay ninguna salida, este pensamiento bloqueara la salida. Solo tenemos coraje cuando tenemos en vista las promesas de Dios. ¡Es una pena que tantos del pueblo de Dios carezcan de aquella fe varonil que caracterizo a Caleb, y que aun concentren sus pensamientos en la intensidad de sus sufrimientos y en la insuperable naturaleza de sus dificultades! Sin embargo, aquellos que no temen a los "hijos de Anac"- los gigantes que habitan la tierra de la promesa- sino que creen

y dicen: "Mas podremos nosotros que ellos". Caleb no temía a los gigantes, tanto que pidió a Josué que le diera la porción en la tierra de la promesa, el monte en el cual ellos tenían su fortaleza (Jos 14: 12- 15). Él no estaba desanimado por saber que aquellos son "hombres de grande estatura", ni porque sus ciudades eran "grandes y fortificadas"; por lo tanto, él los conquistó sin ningún esfuerzo. Todo el problema relacionado con la conquista es: ¿Confía en usted mismo o en el Señor? Si usted se está apoyando en sí mismo, entonces, tiene que considerar si los gigantes son fuertes o débiles, y si sus ciudades son bien fortificadas o no. Si usted se apoya en Dios, el asunto de los recursos humanos ni siquiera se levanta. Si usted está confiado en Dios, no hay motivo para temer, pues la victoria está garantizada a todos aquellos que depositan su confianza en Él.

Hay otro hecho notable en relación con Caleb. El exhorto a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: "Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan". El intento mostrar a los hijos de Israel que de la misma tierra, ellos podrían extraer recursos para poseerla. "Al pueblo de esta tierra... los comeremos como pan", el declaro. ¿Qué es el pan? Pan es algo que usted come. El pan produce aumento de fuerza. Los habitantes de la tierra eran "hombres de gran estatura" pero Caleb proclamo que ellos eran alimento para el pueblo de Dios. Él, no solo honro las promesas de Dios, sino que también desprecio los obstáculos que se levantaban en el camino de su realización. Todo cristiano verdadero, como Caleb, honra a Dios y aprecia alegremente todos los obstáculos. Esto no da lugar al orgullo, pues solamente aquellos que se humillan delante de Dios, son capaces de ponerse de su lado.

Cada vez que usted encuentre una dificultad, cada vez que se encuentre con una situación imposible, pregúntese a sí mismo: ¿Voy a morir de hambre aquí, o voy a comer el alimento que fue puesto delante de mí? Si usted se está apoyando en el Señor para la victoria, dejando que su vida victoriosa sea manifestada, encontrara un alimento fresco y un aumento de vitalidad, al aceptar como "pan" aquellos gigantes que están desafiando su progreso. Recuerde que las personas que no comen bien, no pueden crecer hasta la madures. Muchas personas toman la palabra de Dios y el hacer su voluntad, como su alimento; sin embargo, rechazan a los gigantes como si fuesen una

comida desagradable al paladar. Mientras más comemos tal comida, más fuertes llagamos a ser.

Caleb es una gran ilustración de este hecho. Porque el acepto a los gigantes como “pan” estaba lleno de vitalidad a los ochenta y cinco años.

Porque el ingirió tantos gigantes durante todos esos años, desarrollo una constitución que no demostraba ninguna señal de edad. Igual sucede en la esfera espiritual.

Algunos hermanos y hermanas han encontrado pocas dificultades, sin embargo, espiritualmente son débiles. La explicación es que ellos no comieron suficientes gigantes. Por otro lado, están aquellos que han superado dificultad tras dificultad, tentación tras tentación y están llenos de vigor. La razón es que ellos se han alimentado bien de los gigantes. Toda tentación y dificultad que Satanás pone en nuestro camino es alimento para nosotros. Este es un medio divinamente preparado para obtener progreso espiritual. La menor sombra de algún problema es suficiente para causar terror en el corazón de aquellos que no creen en Dios; sin embargo, aquellos que confían en Él, dicen: ¡Alabado sea el Señor, aquí hay un poco más de comida; Todas nuestras pruebas, sin excepción, son pan para nosotros. Cuando aceptamos, una prueba tras otra, somos ricamente alimentados, más y más, y el resultado es un continuo aumento de fuerzas.

Examinemos ahora como funciona esto en la práctica. No debemos olvidar que hay dos condiciones relacionadas con el poder de Dios. Si no confiamos en Él, Él no puede guardarnos. Con el fin de conocer su poder protector, debemos creer de todo corazón en sus promesas. Si tenemos dudas en relación con nuestra capacidad de vencer, estamos desacreditando su poder de guardarnos. Cada mañana, cuando nos levantamos, debemos decirle: “Te agradezco por haberme guardado ayer. Tú me guardaras hoy. No sé qué tentaciones me sobrevendrán, y no sé cómo puedo vencerlas, pero creo que Tú me guardaras”. La primera epístola de Pedro 1: 5 deja claro que Dios guarda aquellos que tienen fe en Él: “Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe en Él”. No somos nosotros los que tenemos que enfrentar las tentaciones y vencerlas. Es el poder protector de Dios que nos llevara hasta el fin, y debemos creer que Él es capaz de guardarnos de caer en pecado. Mientras que confiamos en Él de manera absoluta, aunque seamos arrastrados inesperadamente por tentaciones, algo sorprendente sucede, de tal manera que no logramos explicarlo. Algo <<

aparta los dardos inflados del enemigo>>. Es <<el escudo de la fe>>. Este escudo se coloca entre nosotros y Satanás, de manera que sus dardos envenenados no pueden alcanzarnos. En lugar de herirnos, ellos golpean en el escudo de la fe y regresan hacia el mismo Satanás. Pablo dice: <<Estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día>> (2 Ti 1:12). El Señor podía guardar a Pablo; sin embargo, el hizo algo que posibilitó al Señor que lo guardara: Se entregó al Señor. Si usted cree en Él, debe entregarse a Él. El Señor puede guardar solamente a aquellos que se le entregan. Muchas personas dejan de experimentar la bendición de su poder protector porque nunca se entregaron a su cuidado. Nunca le dijeron: <<Señor, yo me entrego a Ti y te confío la protección de mi vida>>. Hermanos y hermanas, ¿ustedes ya se pusieron en sus manos? Si verdaderamente lo hicieron, entonces podrán decir junto con Pablo: <<Estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día>>. Si sus vidas están verdaderamente en sus manos, entonces Dios cumplirá en ustedes la promesa de <<guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria>> (Jd 24). Si en el momento que luchamos contra algo, no estamos conscientes de cualquier obstáculo, no tropezaremos. Alabado sea el Señor, su gracia protectora opera más allá de la esfera de nuestra percepción. Hermanos y hermanas si ustedes se entregan sin reserva a su cuidado, se maravillaran con la manera con que serán guardados, aun cuando no se den cuenta del peligro.

Cuando la tentación asalta repentinamente y el amor es exigido, ustedes encontraran amor brotando del interior y fluyendo espontáneamente para enfrentar el desafío. O si una súbita tentación exige paciencia, sin que usted conceda a ella ni siquiera un momento de atención, la paciencia surgirá para enfrentar la necesidad. Alabado sea el Señor, del mismo modo que la vida que recibimos de Adán se expresa espontáneamente, así también la vida que recibimos de Cristo. Heredamos nuestro mal temperamento de Adán y podemos enojarnos sin el menor esfuerzo. Heredamos el orgullo de Adán y podemos ser orgullosos sin una decisión deliberada. Del mismo modo, todos los que recibieron la vida de Cristo y recibieron su protección pueden ser mansos y humildes, sin una decisión deliberada. La misma espontaneidad caracteriza la vida que recibimos de Cristo. Su vida se expresa inconscientemente y sin ningún esfuerzo de nuestra parte. Una vez que confiamos en sus promesas y nos entregamos enteramente a Él, seremos guardados sin mancha, desde hoy hasta el día de su venida.

Gracias al señor que la gracia salvadora en la cual El nos introdujo, es digna de nuestra confianza, y nos conducirá victoriosamente a través de todas las pruebas que se encuentran ante nosotros.

Watchman Nee

Otras Publicaciones:

El camino de la cruz

Una vida de sencillez – parte 1

Una vida de sencillez – parte 2

La paz de Dios

Los bocados de la mesa del rey – Tomo I

Los bocados de la mesa del rey – Tomo II

La Biblia es la palabra de Dios

La cena del Señor

El yugo desigual

El testimonio de Watchman Nee

El testimonio de Bakht Singh

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

Recursos cristianos para la edificación del cuerpo de Cristo

Contacto en Venezuela: E-mail tesoros cristianosv@hotmail.com

Teléfonos: 0412-4942934 / 04128843307

Contacto en Colombia: E-mail tesoros cristianos@gmail.com

Teléfonos: 571-7100312 / - 312 8879886

www.tesoroscristianos.net